

Este año vino, sin duda, cargado de esperanzas, pero también, desafortunadamente, de abundantes signos preocupantes. El principal de estos es la aparentemente ya iniciada recesión en Estados Unidos y sus ramificaciones que, cada día más, parecen ser de carácter global. La economía norteamericana se ve afectada no solo por los efectos de la caída del precio de las viviendas, sino sobre todo por la crisis financiera generada por las hipotecas subprime y por la desconfianza generalizada que ha causado en los bancos e instituciones financieras. A esto se añade la necesidad de que la economía del norte cierre las brechas fiscal y comercial que, por sí solas, ya habrían producido crisis mayores en otros países.

Además de la economía norteamericana, algunas de las economías importantes de Europa, como la inglesa y la española, ya han mostrado que serán afectadas significativamente y, aunque aún no se sabe en qué magnitud, las economías asiáticas —en particular la china y la hindú— con seguridad no serán inmunes a sus repercusiones. La pregunta ya no es si habrá una caída en el nivel de actividad de la economía mundial, sino cuán grande será esta caída.

Como es obvio, la crisis de la economía global tendría para nosotros un interés solo académico si su impacto sobre la economía peruana fuera insignificante, pero no es así. El riesgo de una reducción importante en nuestro nivel de crecimiento es significativo, más aún si le sumamos el golpe autoinfligido por el Ministerio de Economía y Finanzas, que desde hace un año estuvo reduciendo los aranceles y los redujo aún más en octubre de 2007. En un contexto de devaluación del dólar frente al nuevo sol, esa medida favoreció a los exportadores norteamericanos y a los importadores que residen en el país, al mismo tiempo que significó un golpe para los productores nacionales. Esa medida creó una debilidad adicional en nuestro sector externo que, según como nos afecte la crisis internacional, se mostrará en nuestro balance comercial y en el balance de cuenta corriente —que

mide el comercio de bienes y servicios y, además, las remesas de los peruanos que viven en el exterior y las remesas de utilidades de las empresas extranjeras que se encuentran en el país—.

Humberto Ortiz analiza la crisis en Estados Unidos y sus posibles impactos en el Perú. Sinesio López, por su parte, observa las acciones de Alan García y el APRA a lo largo del año y medio que están en el poder, caracterizando sus políticas económicas como rentistas y orientadas a hacer que la economía peruana se base en la explotación del gas, el petróleo, las minas y los recursos forestales.

Simultáneamente, en estos meses se inició el juicio a Alberto Fujimori quien, como era de esperar, pese a la evidencia, continúa negando su responsabilidad en los casos de violación de los derechos humanos. Nelson Manrique hace un análisis de este proceso judicial.

Enrique Fernández-Maldonado, a partir del TLC firmado con Estados Unidos, analiza los cambios que estos acuerdos implican para la calidad del empleo y la regulación de las condiciones en que este se desarrolla.

Jaris Mujica, continuo y calificado colaborador de la revista, hace un estudio minucioso e interesante sobre cómo se atienden las necesidades de telefonía en una de las zonas más pobres de la ciudad. Él muestra de qué manera la informalidad —y también la ilegalidad— contribuyen a dar una solución a este problema.

Franklin Ibáñez hace una interesante reflexión filosófica sobre las responsabilidades políticas y morales de los países desarrollados con respecto a la pobreza mundial.

El Director